Globethics Repository



El paradigma que viene [The paradigm is]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Vigil, José María
Publisher	Departamento de Ciencias Religiosas de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-10 02:39:36
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/197852

El paradigma que viene: reflexiones sobre la teología del pluralismo religioso

José María Vigil
Panamá

Resumen

Desconocida todavía por el gran público y denostada por sus críticos institucionales, la teología del pluralismo religioso (TPR) es ya una realidad que está dando sus primeros pasos, lentamente pero con seguridad, dentro del pensamiento teológico actual. Sobre la base de este supuesto, el autor hace diversas consideraciones particularmente sobre su significado e implicaciones.

Summary

The Theology of Religious Pluralism (TPR according to Spanish initials) has yet to be known by the general public, and is being reviled by its institutional critics. However, it is making its first inroads, slowly but firmly, in today's theological thought. The author acknowledges this situation and presents his reflections on the meaning, scope and implications of this theology.

1. TPR: no una nueva rama de la teología, sino una nueva teología

Todavía éste es el gran equívoco que sufren los desapercibidos respecto a la TPR: la consideran un tema más, una "rama" más de la teología de siempre... Una pieza nueva a incluir dentro del gran mosaico de la teología. A todas las teologías que ya tenemos, habría que añadir ahora una más, que compartiría con las demás prácticamente todo (axiomas, postulados, principios, fuentes, metodologías...), sólo que aportaría un tema nuevo, a saber, la "diversidad"[1] de religiones, tema sobre el que, en efecto, la teología clásica no había reflexionado.

Es un error pensar de esa manera. La TPR es una teología nueva. No cambia sólo de tema, sino de supuestos profundos. En muchos casos produce una fricción y hasta resulta incompatible con la teología clásica. Sufre por eso el

[1] Es bueno distinguir "pluralidad" y "pluralismo". Aunque esta segunda palabra sea utilizada casi siempre como sinónimo de la primera, es susceptible de un significado más técnico.

ataque de las posiciones teológicas conservadoras, jerárquicas o no. Toda teología nueva que ha surgido en la Iglesia, cuando ha sido realmente "nueva", es decir, cuando ha implicado un cambio en las "reglas del juego" (los supuestos, los grandes principios, los axiomas, etc.), ha producido fricción y ha suscitado oposición y hasta condenas. Es ley de vida, y tributo al avance de la historia.

Muchos todavía ignoran que la TPR no es una teología "sectorial", que no es la rama de la teología que estudia el "pluralismo religioso" como objeto a teologizar. Eso sería una "teología de genitivo", la teología "del" pluralismo religioso. La TPR es más bien una teología "de ablativo": teología "de" (desde) el pluralismo religioso asumido como nueva perspectiva. El pluralismo religioso no es la "materia" de estudio de la nueva teología (una teología material o de genitivo); el pluralismo religioso es la "forma", la "formalidad", la perspectiva o pertinencia... desde la que estudia su objeto, cualquier objeto que estudie.

Sin negar, pues, que pueda estudiar concretamente la pluralidad religiosa, TPR es toda teología (eclesiología, cristología y sacramentología entre otras) que estudia su respectivo objeto de estudio desde la perspectiva del pluralismo religioso asumido. ¿De qué habla la TPR? ¿De pluralidad de religiones? No. Habla de todos los mismos temas de que habla la teología clásica, sólo que lo hace desde una perspectiva nueva: el pluralismo religioso asumido como principio.

TPR es pues teología en una nueva perspectiva, desde un punto de vista nuevo, y por tanto no es algo "sectorial" (un sector de la teología, una rama, una parte), sino algo "trasversal": desde la nueva perspectiva se pueden estudiar –con resultados nuevos, obviamente– todos los temas que antes fueron estudiados con la vieja perspectiva. Toda la "vieja teología puede (y debe) ser rehecha, replanteada, "reconvertida" con la nueva perspectiva. La TPR anuncia la nueva perspectiva a la que tiene que re-convertir toda la teología[2].

2. TPR: un "cambio de paradigma"

Lo que acabamos de decir puede ser expresado de otro modo diciendo que la TPR supone un "cambio de paradigma". No hace más de dos décadas que este concepto cobró carta de naturaleza en el mundo de la teología, proviniendo del mundo de la ciencia. Hoy es un concepto absolutamente común –a veces demasiado común, utilizado sin discernimiento para referirse a cualquier cambio–. La TPR implica un "cambio de paradigma" en el

[2] Parafraseando el famoso slogan casi intraducible de las comunidades de base de Brasil ("as CEBs são não uma Igreja nova, mas o novo jeito de toda a Igreja ser") diríamos que la TPR, la asunción del pluralismo como actitud, es la nueva forma que tendrá que asumir toda la teología.

sentido fuerte, o sea, en el sentido de esas grandes transformaciones, replanteamientos profundos, verdaderas "revoluciones científicas" que se dan en momentos especiales de la historia, y cuya frecuencia tal vez hoy se vea incrementada por la propia aceleración de la historia.

Es ya muy conocido el pensamiento de Thomas Kuhn al respecto.[3] En tiempos "normales" la comunidad científica –y lo mismo ocurre con la teológica– avanza por crecimiento cuantitativo, por acumulación de conocimientos que se suman al acervo ya conseguido, y que son colocados y asimilados dentro de los esquemas, postulados y axiomas que están en vigor, pacíficamente poseídos. Pero la historia avanza, y el movimiento produce un lento pero continuo desajuste. Las nuevas posibilidades creadas por los avances científicos llega un momento en que dan juego para otra forma de concebir y de organizar el acervo de los conocimientos, a la vez que por diversas partes se descubre deficiencias en el ordenamiento actual, lo que hace presión en la dirección de encontrar una reestructuración científica que supere las dificultades actuales. En medio de esa situación de tensión científica, aparece una nueva propuesta de reorganización del conjunto de los conocimientos científicos, un nuevo modelo global, un nuevo "paradigma", que sacude convicciones profundas (postulados y axiomas) hasta entonces tenidos por indiscutibles y casi evidentes. Es el momento del "salto cualitativo", que será objeto de grandes resistencias de parte de los científicos conservadores, pero que acabará conquistando las mentes y los corazones de la comunidad científica global.

El concepto de "cambio de paradigma", proveniente, como decimos, del ámbito científico, se ha aplicado ya a la teología, y podríamos aplicarlo a la cosmovisión cristiana en general. También éstas se desarrollan en tiempos "normales" por un crecimiento "cuantitativo" que se va acumulando, pero después de un tiempo surge un malestar ante las nuevas preguntas que surgen de la realidad, los nuevos desafíos, y la sensación de que la representación que nos hacemos de todo ello ya no da respuesta adecuada a las nuevas preguntas. En esa situación de tensión, surgen propuestas de una nueva reorganización, de una nueva comprensión del conjunto, mediante la guía de nuevos principios organizadores. Axiomas y postulados teológicos o espirituales que antes parecían intocables y evidentes, ahora pierden credibilidad y plausibilidad y son abandonados y sustituidos por novedosas intuiciones profundas. Esto es lo que significa la aparición de la TPR: un cambio de paradigma. De alguna manera es aquello de "no un cambio más en la época, sino un cambio de época"; no es una novedad dentro de la teología, sino una teología nueva, otra forma de concebirlo y reorganizarlo todo en la teología.

[3] T. KUHN, *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México 2001.

La TPR no es el único cambio de paradigma, ni evidentemente será el último. Para comprenderlo mejor, es útil enmarcarlo en el conjunto de los cambios de paradigma que hemos vivido y de los que parecen avecinarse –o que tal vez ya están presentes en la escena–.

En la población actualmente viviente todavía hay un buen sector mayor que conoció y vivió personalmente en la primera época de su vida el tiempo del cristianismo anterior al Vaticano II. Sustancialmente era el mismo cristianismo medieval y barroco, con ligeras adaptaciones para su pervivencia. Era el cristianismo escolástico-tomista, opuesto a la modernidad. Era un cristianismo exclusivista: oficialmente estaba en vigor el "extra Ecclesiam nulla salus". Fue el cristianismo en el paradigma clásico.

El Concilio Vaticano II supuso un radical cambio en el cristianismo: la reconciliación con la modernidad, con la "primera ilustración", con los valores liberal-burgueses de la libertad, el valor personal, la democracia, la valoración del mundo... Pasó del exclusivismo al inclusivismo. No fue un añadido cuantitativo al conjunto cristiano, sino un cambio realmente estructural, en el que todo fue reordenado, una relectura total del cristianismo; o sea, un profundo "cambio de paradigma".

La recepción del Concilio en América Latina no fue una mera recepción pasiva, sino una recepción creativa, que acogió el paradigma conciliar y lo fecundó con el encuentro con la "segunda ilustración": la encarnación en la historia, la vuelta al Jesús histórico, la dimensión liberadora y la opción por los pobres. El cristianismo así reformulado, muy dependiente de la herencia conciliar en lo fundamental, se mantuvo dentro del inclusivismo, aunque daba señales de necesitar un marco más amplio, creando el concepto y la perspectiva del macroecumenismo. Originado en América Latina, saltó a otros continentes, hasta convertirse en una original aportación latinoamericana al cristianismo universal: fue el paradigma liberador.

La TPR, o mejor dicho, la "propuesta de relectura pluralista del cristianismo", es el cambio de paradigma con el que actualmente comienza a confrontarse el cristianismo. De él es de lo que estamos tratando en este estudio y no hace falta que describamos más en detalle en este momento ese cambio de paradigma[4]. Pasemos al paradigma siguiente.

Asoman por el horizonte los signos de un cambio de paradigma que ya se está presentando con toda su crudeza en el continente europeo, pero que todo hace prever que se extenderá tarde o temprano al resto de los continentes. En Europa, culturalmente hablando, el cristianismo está desapareciendo como religión institucional. Lo que queda son "restos de un naufragio" en curso que parece imposible revertir. La interpretación oficial del cristianismo

[4] Remito al lector a mi libro *Teología del pluralismo religioso. Curso sistemático de teología popular*, editorial Abya Yala, Quito 2005.

es que "Europa ha decidido dar la espalda a Dios y a los valores religiosos"... con lo que la oficialidad corrobora que es incapaz de entender la crisis y que está además ayuna de propuestas para remontarla. Están surgiendo nuevas interpretaciones, no culpabilizantes, que interpretan lo que está pasando como el "fin de la época agraria". Europa sería la primera sociedad del planeta donde prácticamente han desaparecido ya los vestigios de esa sociedad agraria y ha comenzado a surgir un nuevo tipo de sociedad, la "sociedad del conocimiento". Pues bien, las "religiones" se formaron precisamente en el alba de revolución agraria, tras el neolítico. Las "religiones"[5] serían la forma que la espiritualidad de siempre del ser humano ha asumido durante la época agraria, con unas características y unos papeles muy concretos, y hoy ya muy estudiados. En la nueva "sociedad del conocimiento" que está comenzando a formarse, la espiritualidad del ser humano continuará, por supuesto, pero desprendida de esa forma llamada "religión". Será una espiritualidad "post-religional"[6]. Si el cristianismo sobrevive a este cambio epocal, evidentemente tendrá que ser un cristianismo "post-religional", un cristianismo releído desde un paradigma situado más allá de las religiones.

Este último paradigma, todavía prácticamente no abordado ni siquiera vislumbrado en la teología actual, se nos presenta lleno de implicaciones inimaginables: la nueva forma "religiosa" de ser será una religión sin "creencias", sin "religión"[7], y probablemente será una religión liberada del "teísmo"[8].

Como se ve, pues, la TPR, o la propuesta de fondo que ella vehicula –la "relectura o reconversión pluralista del cristianismo"– es sólo "un paradigma más", uno de los varios que se dan cita en la encrucijada de la historia que hemos vivido y que estamos por vivir. Dentro de este marco queda mejor situada la comprensión de la TPR.

---

[5] Empleado el término en sentido técnico.

[6] Vengo proponiendo este neologismo para evitar decir "post-religiosa", lo que sería evidentemente equívoco. Lo "post-religional", en efecto, sigue siendo religioso, en el sentido profundo, aunque no tenga que ver ya con las "religiones". Esté más allá de ellas, en un mundo probablemente tan religioso o más que el tradicional, pero un mundo "sin las religiones", que no tendrían cabida en una "sociedad del conocimiento". Véase M. CORBÍ, *Religión sin religión*, PPC, Madrid 1996. También la página del CETR, Centro de Estudio de las Tradiciones Religiosas, con mucho material: <www.cetr.net> (2007).

[7] Del tema de un cristianismo sin religión ya se ha hablado varias veces en el reciente pasado. Recordemos simplemente las obras de BONHOEFFER o la de G. THILS, *Cristianesimo senza religione?*, Borla, Torino 1969.

[8] Un autor que acaba de exponer de nuevo este desafío, retomándolo de una figura señera, de la que se siente heredero, J. SHELBY SPONG: *A new Christianity for a new world: Why traditional faith is dying and how a new faith is being born*, HarperSanFrancisco, San Francisco 2001.

Por otra parte, hay que recordar que en teología y en espiritualidad, los paradigmas no son necesariamente sustitutivos, sino adicionales. Con frecuencia se suman y se entremezclan. Así, el paradigma liberador no pretendía sustituir al paradigma conciliar, sino, al contrario, aplicarlo con fidelidad y profundidad, prolongarlo. De la misma forma, el paradigma pluralista, aunque en el mundo anglosajón, donde más se ha desarrollado, ha crecido un tanto de espaldas al paradigma anterior, el liberador, es susceptible de fundirse enteramente con él.[9]

3. TPR: una gran mutación

Todos los cambios de paradigma han significado grandes mutaciones en el cristianismo. El Concilio Vaticano II por una parte, y el fenómeno de la teología de la liberación con su "boom" de comunidades de base y movimientos populares latinoamericanos, fueron "cambios de paradigma" muy aparatosos. Hasta la misma sociedad civil se sintió sacudida por la conmoción que produjeron. La TPR, por el contrario, se está introduciendo sin ninguna aparatosidad, y sin conmoción social asociada. Por eso, ni la sociedad civil, ni tampoco la base misma de las Iglesias, ni –incluso– muchísimos teólogos y teólogas, se han percatado de que estamos de nuevo ante la gran mutación que supone un nuevo cambio de paradigma.

En mi opinión, la TPR es esa tercera "grande ola" que sucede a aquellas dos anteriores que fueron la del Concilio Vaticano II y la de la teología de la liberación. Nada de tamaña importancia ha ocurrido –teológicamente hablando– desde entonces. Por supuesto que recordamos todos los desafíos del posmodernismo en la historia política y en la sensibilidad cultural de las últimas décadas, pero creo que, como conjunto, no se puede decir que hayan comportado una propuesta teológica nueva, con la hondura estructural de un verdadero "nuevo paradigma". Los desafíos del posmodernismo han sido recepcionados y en buena medida asimilados, pero no han tenido la envergadura suficiente como para poder ser catalogados como un "nuevo paradigma".

¿Por qué podemos hablar de "gran mutación" en el caso de la TPR, y en qué consiste? Podemos afirmar que se trata de una gran mutación en el caso de la TPR, porque comporta la superación de elementos profundos y estructurales que afectan a todo el conjunto del patrimonio simbólico del cristianismo de un modo decisivo. La TPR inaugura un tipo nuevo de cristianismo que nunca antes se dio. Con la modalidad de cristianismo que la TPR introduce una

[9] Esta fusión es lo que pretende la serie "Por los muchos caminos de Dios", de la Asociación de Teólogos y Teólogas del Tercer Mundo, en su sección de América Latina, publicada en castellano en la colección "Tiempo axial" <http://latinoamericana.org/tiempoaxial> (2007).

nueva época, tras diecinueve siglos y medio vividos en el exclusivismo, más el escaso medio siglo que llevamos en el inclusivismo[10].

Como es sabido, el inclusivismo es sólo una cierta superación del exclusivismo. Supera el exclusivismo en cuanto que reconoce que hay salvación fuera de la propia Iglesia (ya no se afirma que "fuera de la Iglesia no hay salvación", pero ahora se afirma que la salvación que sí hay fuera de la Iglesia, es una salvación cristiana, una salvación que pertenece en exclusiva a la propia Iglesia: es decir, sigue siendo una visión exclusivista; los demás participan de la salvación, pero esa salvación de la que participan es nuestra, no de ellos. Es, pues, una forma suavizada de exclusivismo, aparentemente superadora del mismo, pero que de hecho le permite sobrevivir agazapado en zonas más profundas. Pues bien, la TPR supone la superación de los veinte siglos de ex/inclusivismo, y el pasaje a un cristianismo "pluralista"[11], un cristianismo nunca vivido hasta ahora, que –podríamos decir– todavía está por inventar.

Como es sabido –y no es éste el lugar para mostrarlo– el "carácter pluralista" del cristianismo no es un detalle periférico, sino una nueva posición que se instala al nivel de los postulados y axiomas profundos en los cuales reposa el conjunto del edificio. Exclusivismo, inclusivismo y pluralismo son tres orientaciones (en rigor se reducen a dos) que pueden dar origen a tipos de cristianismo profundamente diversos. Ahí radica la "gran mutación" que se produce en el cristianismo cuando el axioma del ex/inclusivismo da paso al del pluralismo.

Al igual que en la geometría –en la que si no se admite el axioma de Euclides resulta una geometría absolutamente distinta de la tradicional, la euclidiana–, también en el cristianismo –y en cualquier otra religión–, partir del ex/inclusivismo o del pluralismo, produce un un tipo de religión enteramente distinto.

Toda la teología –la dimensión pensante y explicativa del cristianismo– ha sido producida en los veinte siglos de ex/inclusivismo. El paso a un cristianismo pluralista va a exigir reformular toda esa teología desde sus raíces –desde el axioma pluralista–. Bien lo entendió el teólogo Paul Tillich, quien pocos días antes de su muerte, expresó que, ante el panorama de las religiones, él sentía la necesidad de reescribir toda su teología[12].

---

[10] Para una exposición exhaustiva sobre los conocidos conceptos ya clásicos de «exclusivismo, inclusivismo y pluralismo», véase mi libro ya citado, en su capítulo VII. Este capítulo puede ser recogido en línea, gratuitamente, en <www.latinoamericana.org/tiempoaxial>.

[11] Obviamente, no estoy dando a la palabra el sentido superficial de diversificado, tolerante, respetuoso de las diferencias, sino el sentido profundo de aceptación de la pluralidad de vías salvíficas autónomas.

[12] El 12 de octubre de 1965, en una conferencia que Tillich no sabía que iba a ser la última de su vida, en la que nos dejó este llamativo testamento. Cf J. C. BAUER /ED.), *The future of religions*, Harper and Row, New York 1966, 31 y 91.

Se comprende el error frecuentísimo de confundir la TPR con el tema del diálogo inter-religioso. Todavía hoy es la asociación más frecuente, incluso en el mundo de los teólogos. "Necesitamos estudiar TPR para dialogar mejor con las otras religiones", se piensa. Y es cierto que la TPR ayudará a ese diálogo interreligioso, pero la TPR, propiamente, "no es para dialogar con nadie, sino para dialogar con nosotros mismos". No es para el diálogo inter-religioso, sino, en primer lugar, para un "diálogo intra-religioso". Necesitamos rehacer toda nuestra teología, "reescribirla" desde otros supuestos (o sea, desde el axioma pluralista), necesitamos reformular la mayor parte de nuestras fórmulas de fe, necesitamos reinterpretar los gestos y los símbolos de la liturgia, pues todo ello –teología, dogmática, lenguaje litúrgico– fue creado en otro tiempo, sobre unos presupuestos pura y duramente inclusivistas, hoy absolutamente inaceptables. A toda esa inmensa tarea, que en principio debería ser anterior al diálogo interreligioso, es a lo que quiere ayudar la TPR. Es por eso que podemos decir con verdad que la TPR no es para el diálogo interreligioso sino para el diálogo intrarreligioso.

Esta renovación tan amplia no podrá hacerse sino con dificultades. Todos los colectivos humanos experimentan la dificultad inherente a los procesos de actualización y de crecimiento. Vivir es crecer, es evolucionar, es morir a lo viejo para nacer a lo nuevo, y toda muerte es dolorosa. No será posible al cristianismo dar este paso hacia adelante, sino con muchas dificultades de comprensión por parte de quienes están anclados en la visión anterior. Las instituciones religiosas, por el carácter sagrado e inmutable con el que se revistieron, tienen dificultades especiales para afrontar su puesta al día. La Iglesia católica concretamente, famosa en el mundo entero por sus pretensiones de infalibilidad, de ortodoxia oficial, de depuración inquisitorial, de persecución a los teólogos, de dogmas irreformables... tendrá, obviamente, más dificultades que otras muchas instituciones religiosas. Pero es ley de vida: o renovarse o morir.

4. TPR: fin del "mito de la superioridad religiosa"

Así lo diríamos si quisiéramos expresarlo con las palabras más llanas posible. El nuevo cristianismo que viene, el cristianismo de la TPR, el "cristianismo pluralista"[13], es el mismo cristianismo de siempre, pero despojado de "el mito de su superioridad religiosa"[14]. Para el hombre y la mujer de la calle, puede resultar la explicación más plástica, sin dejar de ser enteramente verdadera.

En el cristianismo hay un complejo de superioridad que sólo llegamos a apreciar cuando adquirimos una conciencia crítica y un conocimiento míni-

[13] Insistamos en que utilizamos la palabra en el sentido técnico ya expresado.

[14] Con este título acaba de publicar Paul Knitter su último libro: *The Myth of Religious Superiority*, Orbis, Maryknoll 2005.

mo de otras religiones. En la vida diaria y sencilla del pueblo de Dios, tal complejo pasa enteramente inadvertido. El exclusivismo, el *extra Ecclesiam nulla salus*, el "fuera de la Iglesia no hay salvación", o sea, la creencia de que sólo el cristianismo salva, de que todas las demás religiones son vanas, o son sólo búsquedas humanas[15], y de que el cristianismo es la única religión verdadera, ha sido el axioma fundamental vigente durante más de diecinueve siglos y medio de la vida histórica del cristianismo[16]. Ese exclusivismo, aún hoy a muchos les cuesta visualizar como un "complejo de superioridad"; tan natural nos parece que algunos se preguntan: "¿qué culpa tenemos de que Dios quisiese hacer así las cosas?".

El argumento sencillo y directo de esta superioridad es el siguiente: nuestra religión es "la religión de Dios". Sin más. Es la religión que Dios quería, la que Él/Ella inventó. La religión del único Dios. Para más "INRI": es la única religión del mundo fundada por Dios mismo en persona. Dios mismo vino a presentárnosla e inaugurarla. No es el caso de las demás religiones, que fueron "inventadas" por los seres humanos. Como dice el salmo sobre los ídolos: obras de manos humanas que no pueden salvar.

De estos planteamientos se derivaban, directamente, la "unicidad" del cristianismo, su "carácter absoluto", la exclusividad de su revelación, su normatividad universal. que sólo estamos invitando al lector a recordar, y no vamos a exponer aquí. ¿Cabe imaginar que una religión pueda tener un concepto más elevado de sí misma?

Esa conciencia extrema superioridad respecto a las demás religiones –si es que en verdad existen para el cristianismo las demás religiones en cuanto verdaderas religiones salvíficas– es algo que atraviesa transversalmente a todo el cristianismo. Ha sido el ambiente y el presupuesto en cuyo marco fueron construidos y elaborados los elementos principales del patrimonio simbólico y doctrinal del cristianismo: piénsese en la teología, la espiritualidad, los dogmas, la liturgia. Cualquier pieza de nuestro retablo transpira exclusivismo, tal vez acallado hoy día con un adobo de generoso inclusivismo, pero exclusivismo al fin y al cabo.

Todavía hay muchos cristianos, que después de esta enumeración, aunque sucinta, no sienten rubor. Basta que hayan vivido siempre dentro del fanal cristiano, sin mayores perspectivas, sin conciencia crítica, y sin conocimiento de otras religiones o sin contacto con ellas; nunca se han visto en la oportunidad de preguntarse cómo se sentirán esas religiones escuchando el "gran relato cristiano".

Pero, por otra parte, son cada vez más los cristianos que ya tienen esa conciencia crítica, y que conocen otras religiones, no sólo en sus *hábitats* propios,

[15] Mientras que el cristianismo sería lo contrario: no el ser humano buscando a Dios, sino Dios saliendo a nuestro encuentro.

[16] O sea, durante el 98% de su historia.

sino en el mismo Occidente cristiano, una vez que las religiones del mundo se han hecho físicamente presentes en todas las grandes ciudades del mundo. Son muchos los que sienten una rebelión interna contra este modo de pensar y de sentirse a sí mismo el cristianismo. Y son muchos más los que no saben expresar esta rebeldía, pero la sienten en el fondo de su conciencia, o la presienten. Cada vez más, les parece teóricamente insostenible, y éticamente inaceptable.

La "hermenéutica de la sospecha" que la TPR aplica como recurso metodológico, dice –con el Evangelio en la mano– que "un árbol bueno no puede dar frutos malos". Si de una doctrina se derivan consecuencias éticas perversas, esa doctrina debe ser al menos reconsiderada. Y muchas reconsideraciones están en curso en la TPR. Enumeremos sólo algunas.

- Dada la dinámica del conocimiento humano, hoy nos parece comprensible que se haya producido este "espejismo óptico" en la historia por el que nuestra religión se haya pensado a sí misma como el centro del mundo.
- No es en absoluto un caso peculiar del cristianismo, aunque éste se haya hecho célebre por la altura conseguida en su entronamiento cuasi-divino.
- Se trata de un fenómeno que se repite en la mayor parte de las religiones... Se pueden citar fácilmente casos de religiones que se consideran el centro de la economía salvífica de su Dios (único para el mundo entero), así como que consideran a su ciudad santa como el centro geográfico del mundo (un mundo plano, por supuesto)[17].
- Hoy estamos en condiciones de recuperar el proceso que ha llevado a la creación y elaboración de la dogmática cristiana, y la sospecha hermenéutica repite una y otra vez: ¿a quién favorecía esta doctrina?[18]. Cada vez está más clara la influencia de los intereses institucionales del cristianismo en la propia elaboración teórica de su dogma, lo que obliga a aplicarle un "coeficiente de ponderación" al reexaminar la validez de sus contenidos. Son no pocos los teólogos y los historiadores que examinan, por ejemplo, cómo la exaltación de Jesús hasta la mismísima diestra de Dios Padre –en la elaboración del dogma cristológico– redunda y funge simultáneamente como endiosamiento del emperador y entronización social imperial del cristianismo como religión de Estado.
- Una religión (cualquiera que sea) que se percibe a sí misma con semejante superioridad, ¿puede dialogar con "otra religión"?[19]. El diálogo real y sincero se hace imposible.

---

[17] A. FINGUERMAN, *A eleição de Israel*, Humanitas, São Paulo 2005, pág. 73ss.

[18] Es la pregunta del derecho romano: *Cui bono?*

[19] La *Dominus Iesus* (nº 22) subraya que en el diálogo interreligioso no hay que perder de vista que no puede haber verdadero diálogo "entre iguales" más que por la cari-

- El conjunto de sospechas contradice el corazón mismo del cristianismo, o sea, el Evangelio. No se casa bien el mensaje de Jesús de Nazaret, con la imagen hierática e imperial del Pantócrator. Con ese aire de superioridad, ¿el cristianismo es jesuanismo?, ¿sigue proviniendo de Jesús de Nazaret?

La suma de estos argumentos –que aquí no es el momento de articular– arroja un saldo claro: en definitiva, el infinito complejo de superioridad que lastra al cristianismo es un "mito"[20], y la gran transformación que el cristianismo tiene que sufrir para convertirse en una religión de hoy, adecuada a los tiempos, es la superación de ese mito, con la adecuación ética, organizacional y dialogal correspondiente. Superar el complejo de superioridad, ésa es la tarea. Y ello implicaría:

- "Desentronizarse", aceptar ser destronada, bajarse de ese trono –tanto material, como social, como simbólico– que inconscientemente se construyó para sí misma. El cristiano de una Iglesia "pluralista" deberá "creer destronadamente", desde el llano, bajado del trono, renunciando a un pedestal que ahora descubre que no le corresponde.
- Aceptar con alegría que redescubrimos nuestro verdadero lugar, después de una temporada de autoalienación por la que hemos creído ser lo que realmente no éramos. Aceptar que no estamos en el centro, ni mucho menos somos el centro, sino que el centro está ocupado por sólo Dios. "Sólo Dios"
- Aceptar el paso al teocentrismo, convirtiéndonos de todo otro "centrismo" que le haya disputado el puesto. Ello significa pasar a una concepción teológicamente "heliocéntrica", en un cambio de paradigma como el que vivió la cultura y el conocimiento humano cuando descubrió que el geocentrismo –tan sentido como evidente y e incuestionable entonces– no correspondía a la realidad.
- Aceptar que no somos "la religión única", sino "una religión más"[21], reconciliándonos con alegría con las religiones hermanas, y tratando de discernir cuál será la voluntad de Dios a partir de este *kairós* de reconciliación, cuál será la tarea que Dios quiera que acometamos juntas todas las religiones, para recuperar en parte el tiempo perdido en los errores del exclusivismo, del inclusivismo, del desconocimiento mutuo, de la rivalidad, del proselitismo que trataba de convertir al otro.

---

dad. Ésta hace al cristianismo ponerse a la altura de los otros para dialogar, en pie de igualdad, pero ello no puede hacerse en absoluto en cuanto al contenido de Verdad de las partes, pues ésta está enteramente del lado del cristianismo. Así se dice sin ningún rubor.

[20] En el sentido positivo de la palabra.

[21] Sin entrar ahora en las matizaciones necesarias de que la TPR no sostiene necesariamente un "pluralismo asimétrico": no todas las religiones son iguales, ni mucho menos, aunque todas sean respuestas humanas al misterio de la Realidad divina.

- Aceptar la magnanimidad de Dios, que no ha dejado de su mano a ningún pueblo ni ha dejado de comunicarse con todos ellos, a través de la propia religión de cada pueblo, sin dejar nunca a nadie "en situación salvífica gravemente deficitaria"...
- Aceptar con alegría la pluriformidad de la gracia de Dios, que ha provocado –ella sí, no la maldad del pecado de Babel– la pluralidad religiosa, y gozarnos de esa inabarcable riqueza plural "querida por Dios".

5. Paso a un cristianismo pluralista: inevitables renuncias

Superar un complejo de superioridad implica inevitablemente abandonar la posición de superioridad de la que indebidamente se venía disfrutando. No sólo hay que dejar de pensarse superiores; hay que dejar también de disfrutar esa superioridad. Hay que renunciar a sus ventajas. Y toda renuncia a posiciones superiores, posiciones de poder o de privilegio, es dolorosa.

Sí, la TPR representa una sacudida al cristianismo, una verdadera conmoción, porque le pide renunciar a actitudes y privilegios que le han acompañado durante casi dos milenios hasta el punto de parecer consustanciales al cristianismo[22].

El gran privilegio al que la TPR pide al cristianismo que renuncie es el privilegio de la "elección". Considerarse "el Pueblo elegido", la religión elegida. La TPR considera que "no hay elegidos". Ni lo fue realmente el pueblo judío[23], ni lo es ahora el pueblo cristiano. Porque Dios no elige a unos pueblos frente a otros, ya que Dios no tiene acepción ni de personas, ni de razas ni de culturas o religiones. Dios elige a todos los pueblos. Todos los pueblos son Pueblos de Dios, elegidos suyos, con misión universal (no proselitista, sino para compartir las múltiples riquezas de Dios).

A este respecto es elocuente la evolución de la teología en las últimas décadas: el tema de la "elección" ha dado un viraje significativo. Hace todavía poco tiempo, con unanimidad, era sostenido y defendido apologéticamente. En los últimos tiempos ha aparecido en los teólogos más lúcidos una actitud nueva, realmente nueva en la historia: la propuesta de abandonar, de renunciar a la categoría misma de elección[24].

Quiero a este respecto traer a colación el caso de la reciente renuncia del Papado al título de "Patriarca de Occidente". *L'Annuario Pontificio*, entre los muchos títulos que enumera de la figura del Papa, a partir de 2006 deja de

---

[22] Para algunos, tales privilegios son sencillamente esenciales, forman parte de la "identidad cristiana", por lo que no podrán ser abandonados sin cometer una "transgresión identitaria".

[23] A. FINGUERMAN, *o. c.*

[24] A. TORRES QUEIRUGA, "El diálogo de las religiones en el mundo actual", en J. GOMIS (org.), *Vaticano III. Cómo lo imaginan 17 cristianos y cristianas*, Desclée, Bilbao 2001, pág. 70ss.

enumerar ese título. Se trata de uno de los Patriarcados históricos de la Iglesia desde la primera hora, junto con los de Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén. La nota explicativa del silenciamiento de este título, que el Vaticano dio en abril de 2006, dice que, debido a la evolución histórica de la misma geografía humana del mundo, el título de tal Patriarcado incluiría regiones como América, Australia... que no pueden ser consideradas adecuadamente como territorio o jurisdicción eclesiástica, y que hoy día, además, después el Vaticano II, tienen más sentido configuraciones como las conferencias episcopales y las mismas demarcaciones internacionales. "Por consiguiente, el título de *Patriarca de Occidente*, con la evolución histórica, se ha convertido en obsoleto y prácticamente en no utilizable ya. Parece, pues, carecer de sentido la insistencia en seguir recurriendo a él. La renuncia al mencionado título pretende ser expresión de realismo histórico y teológico y, al mismo tiempo, renuncia a una pretensión, lo que podría resultar beneficioso para el diálogo ecuménico"[25].

Es admirable esta actitud, que ha pasado prácticamente inadvertida a la opinión pública eclesiástica y civil, y es sumamente ejemplar para el tema que nos ocupa. Es admirable por estar cargada de realismo histórico, al reconocer que las realidades jurídicas e ideológicas evolucionan y llegan perder significado, o a veces a cobran un significado enteramente diferente o contrario al que les dio origen, y que hay que aceptarlo y reconocerlo, y actuar en consecuencia.

Como este solemne y pomposo título de Primado de Occidente, en la historia del cristianismo se han producido muchos títulos, muchas etiquetaciones, muchas elaboraciones jurídicas, teológicas, litúrgicas, morales, dogmáticas... que nacieron en un momento histórico determinado y que respondieron a él, pero que con la evolución histórica perdieron su significado, dejaron de ser respuesta a las nuevas preguntas suscitadas por la vida siempre en evolución, y hoy más frenan que posibilitan la vida y el sentido del conjunto del cristianismo. Pueden ser afirmaciones tenidas clásicamente como sagradas y esenciales, o símbolos muy cercanos al corazón mismo de la espiritualidad cristiana: si ya cumplieron su papel, pueden ser licenciadas, para que den paso a nuevas expresiones de la vida nueva con sus también nuevas preguntas y exigencias.

Desde la visión actual de la historia y los instrumentos y plataformas privilegiados desde los que podemos ahora mirar la realidad de nuestra religión, hoy somos capaces de ver que mucha de la superioridad que nuestra religión siente es autoatribuida, autoentronamiento. No nos lo ha dicho Dios; lo hemos creído escuchar nosotros, o lo hemos puesto en su boca, o nos lo

[25] Puede verse la nota en el archivo informático del Vaticano: <www.vatican.va> (2007); también en "Ecclesia" 3303(2006) 31.

hemos dicho en definitiva nosotros mismos. Cuando se llega a hacer ese descubrimiento, es ya mucho más fácil ser consecuente y renunciar honestamente a la superioridad y al privilegio. Ése es el gran gesto que la TPR está pidiendo al cristianismo.

6. Experiencia de la pluralidad: experiencia fuente

Cabe preguntarnos: ¿cuál es la experiencia fuente que ha provocado este profundo cambio del modo de pensar y sentir, este cambio de paradigma? Creemos que, en el fondo, la experiencia que ha provocado toda esta transformación es la experiencia actual de la pluralidad de religiones. Ésta siempre[26] ha existido, pero hasta hace muy poco, cada religión ha estado encerrada "en su pequeño mundo", en las sociedades de su propia cultura, sin convivencia con las demás. En los últimos tiempos, con la mundialización y con la aceleración de las migraciones, el mundo ha cambiado radicalmente, y la diversidad religiosa es visible y experimentable en todo el mundo. Las religiones están hoy presentes virtualmente ante todas las demás. Los creyentes de unas y otras se encuentran cotidianamente, en la calle, en el trabajo, en los bloques de vivienda, en los lazos de la familia extensa, en los medios de comunicación. Todo discurso autorreferencial de cada religión, encerrado en sí mismo, hoy choca frontalmente con la experiencia de las otras religiones que el fiel se ve obligado a hacer continuamente. El conocimiento religioso se amplía. Las personas pueden descubrir ahora, en cada tema, los distintos enfoques de cada religión, más allá de los de la propia, y desean conocer esa variedad, y comparan. Y también... relativizan: descubren que no sólo hay una manera religiosa de actuar y de pensar, y experimentan la bondad de las demás religiones, y ya no les cabe en la cabeza pensar que el enfoque que da la propia religión sea el único, ni que sea necesariamente el más adecuado...

Toda ampliación de experiencia y por tanto de conocimiento, produce el replanteamiento del mismo. Al conocer más, no sólo acumulamos cuantitativamente conocimiento, sino que lo modificamos cualitativamente: las novedades, las comparaciones, las intuiciones, las inducciones, las asociaciones de ideas... fungen como premisas, y producen inevitablemente, consciente o inconscientemente, argumentos que transforman y a veces revolucionan el conocimiento con verdaderos "cambios de paradigma". El conocimiento de otras religiones, que nunca formó parte del acervo de conocimientos de ninguna religión, y que hoy ha pasado a ser acervo común de la cultura general, imposibilita aquellas visiones cerradas en sí mismas de las religiones. No se puede uno adherir a una religión de la misma manera antes que después de la expe-

[26] Aunque este "siempre" no alcance más de 5000 años, la edad de las religiones más antiguas.

riencia de la actual pluralidad religiosa. La mundialización actual ha cambiado para siempre la vida y el significado de las religiones.

John Hick utiliza una metáfora. Dice que, desde su nacimiento, las religiones han venido peregrinando, por valles paralelos, cada una por el suyo, flanqueado por altas montañas que les impedían verse, cantando y alabando a Dios en una historia de amor entre Dios y su pueblo. Pero con el caminar por el valle, las montañas se han hecho cada vez menos altas, y llega un momento en que se hacen tan bajas que permiten ver a los otros pueblos, que venían peregrinando también por los otros valles, y que ahora desembocan en la planicie, y se encuentran alabando a Dios cada una con un pasado distinto, una lengua diversa, una concepción religiosa "inconmensurable" con las demás. Dice Hick: la planicie en la que desembocan los valles es la actual plataforma de la comunicación global. En el mundo actual, ya están todas las religiones juntas, permanentemente ante todas las demás, a libre disposición de todos sus miembros. Las fuentes religiosas, como sus Sagradas Escrituras y su patrimonio simbólico se "despatrimonializan", pertenecen a todos los humanos y están a disposición de todos... Esta situación inédita provoca un estilo de vivencia y de pertenencia religiosa enteramente distinto al que ha sido común durante los cinco mil años vividos por las religiones.

Esta "convivencia obligada con la pluralidad religiosa", después de milenios vividos obligadamente en un "autismo religioso", provoca una experiencia estructuralmente semejante a otra muy conocida en el ámbito de la psicología evolutiva, la experiencia del "destronamiento", cuando a un niño o niña, hijo único por primero, le nace un primer hermanito o hermanita. Hasta ese momento él/ella había sido el centro del hogar, y todo lo que ha vivido lo ha vivido desde ese "trono" central en medio de la familia, y no ha conocido otro mundo que ése que desde su trono ha experimentado. Pero de golpe, sin explicaciones previas, aparece en su vida, junto a él, un hermanito/a, que inevitablemente le desplaza del centro y le obliga a compartir la dedicación de sus padres. El nuevo hermanito/a le destrona, le baja a la fuerza de ese trono que era el centro de la familia, en el que hasta ahora había vivido instalado. La crisis que pasan las criaturas cuando atraviesan esta experiencia, es razonable, y ha sido muy estudiada. Su superación pasa por un proceso educativo que permita al niño/a aceptar a su hermanito/a, y pasar a aceptarse gozosamente a sí mismo como "uno más" de los hijos, no ya como "el único" ni el privilegiado. La superación de la crisis, supone la maduración personal de llegar a aceptar sinceramente el propio destronamiento.

La actual experiencia obligada de la pluralidad religiosa, la están viviendo las religiones también como un destronamiento. Cada una de ellas ha vivido toda su historia –miles de años– entronizada gratuita e indiscutiblemente en el centro de la vida de su pueblo, sin competencia, sin hermanitos/as. Pero con la mundialización actual, la pluralidad religiosa ha entrado en la familia de cada religión y ha hecho presentes en ella a muchas religiones hermani-

tas, que implican una competencia en el espacio religioso. La crisis para cada religión es inevitable. Ya no pueden seguir entronizadas en un trono-centro gratuito e indiscutido. Ahora se ven obligadas a compartir, a reconocer la existencia de sus hermanitas, y necesitan internalizar esa aceptación si quieren vivir en paz, reconciliadas con la nueva realidad. Así, la maduración de la religión implica la aceptación real del "destronamiento", y la "aceptación sincera del pluralismo"[27], lo cual no puede hacerse sin "recomponer su autocomprensión" o "rehacer toda su teología", como ya hemos dicho. La única manera de poder ser religioso en la nueva era que ya está comenzando sólo será la de creer "destronadamente".

7. Una experiencia estructuralmente semejante en otros campos

Lo que estamos diciendo de la experiencia actual de las religiones, no es privativo del ámbito religioso, sino que obedece a una estructura general de la convivencia y de la evolución humana. Lo que ocurre en el ámbito familiar respecto a la aceptación del nuevo hermanito/a y a la consiguiente experiencia de "destronamiento", es una ley universal de vida y de convivencia, vigente en todos los campos. De alguna manera, el "complejo de superioridad", el "autoentronamiento" es una estructura antropológica que vicia universalmente la convivencia humana.

Por ejemplo, en el mundo no habrá paz, mientras unas naciones –por razón de su poder económico, militar, cultural...– se consideren superiores, "entronizadas", y no acepten ser "una más" entre muchas naciones hermanas, sin privilegios. Mientras unas pocas –por creerse de algún modo superiores– se consideren con derecho a veto en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, y con derecho a desoír ellas mismas los mandatos de la propia ONU... no podrá haber democracia ni organización democrática mundial entre las naciones del planeta.

Mientras unos cuantos países que se consideran superiores –tal vez no sólo por tener desarrollo, poder y dinero, sino por creer que son "los buenos", los demócratas, los elegidos por Dios, o dotados de un "destino manifiesto"...– y crean que pueden acumular todo el arsenal de armas que deseen y ser los mayores fabricantes de armas del mundo, y quieran por otra parte controlar el armamento de los demás países, la "proliferación de armas nucleares"... no habrá paz en el mundo. No es posible controlar el desarme mundial desde la desigualdad radical de quienes consideran que sus armas dan "seguridad" al mundo (¡a ellos mismos!) mientras las armas de los demás (que forman el "eje

[27] Agenda Latinoamericana'2004, "Aceptar sinceramente el pluralismo religioso", págs. 44-47. También en <http://latinoamericana.org/2003/textos> (2007).

del mal") pondrían en peligro esa misma seguridad "del mundo". No habrá paz ni convivencia humana mundial mientras unos países no superen su complejo de superioridad y no renuncien a los privilegios que se autoatribuyen por la fuerza, justificándolo casi siempre religiosamente.

Volvamos, por eso, al ámbito de las religiones. Mientras una religión –cualquiera de ellas, o tal vez muchas de ellas– se considere "hija única", la elegida, en el centro, sin hermanitas, o sea, mientras una religión piense que ella es "la verdadera", o "la querida por Dios", frente a las otras, que serían "religiones inferiores", tal vez "religiones naturales", simples "búsquedas humanas de Dios", o religiones que ponen a sus seguidores en una "situación salvífica gravemente deficitaria"... no será posible la convivencia religiosa y la paz mundial. Se podrá guardar las formas, la diplomacia o la convivencia pacífica externa, pero mientras se siga "pensando" (en la teología o en la espiritualidad) que las otras religiones son inferiores, con menos valor de verdad, o que ni siquiera son religiones verdaderamente salvíficas (y hay que caer en la cuenta de que éste es el caso real en la mayor parte de las religiones) no habrá convivencia pacífica entre las religiones.

En todos los campos, el autoentronamiento[28] imposibilita la convivencia humana plena. Pero especialmente en el campo religioso. Porque la religión actúa en las capas más profundas de la persona y de la sociedad, y goza de una fuerza de arrastre capaz de convertirse en vendaval ciego incontenible. Cuando uno se cree en la religión verdadera, en la única, uno está más proclive a creer que su causa es la Causa de Dios, y que Dios mismo está a su favor; es más fácil matar, y se hace más fieramente cuando se hace "en nombre de Dios". La conciencia de superioridad de cada religión es una amenaza para todos los fanatismos posibles, de cualquier confesión religiosa. No habrá paz en el mundo mientras las religiones no sean capaces de asumir un autocontrol sobre esa posibilidad; y este autocontrol no será posible mientras las religiones acaricien dentro de sí, aunque sea secretamente, el "mito de la superioridad religiosa"; mientras no "acepten sinceramente el pluralismo[29] religioso", o sea, la hermandad de todas las religiones; mientras no otorguen a las demás religiones la misma presunción de verdad y de validez salvífica que reclaman para sí mismas.

Es importante hacer notar explícitamente que el cristianismo no sale bien parado en este asunto del complejo de superioridad religiosa. Oficialmente estamos empantanados en él. La doctrina oficial se siente atada de pies y manos

[28] El autoentronamiento se da tanto en el exclusivismo como en el inclusivismo. Sólo se supera en el "pluralismo" (no la pluralidad, sino el pluralismo como "actitud interior destronada por la que se acepta a las otras religiones con una validez semejante a la que se postula para la propia religión".

[29] Mucho más que el hecho de la "pluralidad".

por sus propias afirmaciones clásicas, y sobre todo por el complejo de irreformabilidad, dogmatismo, infalibilidad, de "evolución homogénea del dogma"[30]. La búsqueda sincera y libre de la verdad[31] está desterrada de la institución eclesiástica; la verdad sólo se puede buscar la verdad "por libre"; institucionalmente sólo está permitido decir o escribir lo que es oficial. El cambio de paradigma que supone el paso hacia un "cristianismo pluralista" se hace especialmente difícil a la Iglesia católica, por pasado tan comprometido con la teología doctrinaria, con la ortodoxia intransigente, que o puede consentir que expresiones teológicas y dogmáticas supuestamente irreformables vayan a ser reinterpretadas o abandonadas[32]. En este sentido la TPR tiene difícil el porvenir, pero sabe que la Verdad, siempre viva y cambiante en la historia, siempre acaba resucitando y triunfando sobre su propio cadáver.

[30] Todavía en 1963 se podía escribir con todas las bendiciones de la ortodoxia católica: "Todos los dogmas ya definidos por la Iglesia y cuantos en lo futuro se definan estaban en la mente de los apóstoles, no de una manera mediata o virtual o implícita, sino de una manera inmediata, formal, explícita. Su modo de conocer el depósito revelado no era, como en nosotros, mediante conceptos parciales y humanos, los cuales contienen implícita y virtualmente mucho más sentido de lo que expresan, y exigen trabajo y tiempo para ir desenvolviendo o explicando sucesivamente lo que contienen, sino que era por luz divina o infusa, la cual es una simple inteligencia sobrenatural, que actualiza e ilumina de un golpe toda la implicitud o virtualidad.
Si se toma, pues, como término de comparación el sentido del depósito revelado, tal como estaba en la mente de los apóstoles, para compararlo con el sentido que nosotros conocemos, entonces hay que decir una cosa semejante a la que dijimos al hablar de la mente divina, esto es, que no ha habido progreso, sino más bien disminución o retroceso". F. MARÍN-SOLÁ, *La evolución homogénea del dogma católico*, Madrid-Valencia [2]1963, 157-158.

[31] Juan, con influencia más bien griega, anotó un aspecto: "Sólo la Verdad les hará libres", pero, probablemente, lo que dijo realmente Jesús abarcaba también el otro aspecto: "Sólo la libertad les hará verdaderos"... Y esto es lo que más desafía hoy a las Iglesias cristianas: sólo si se liberan de la presión de las tradiciones hoy obsoletas, y del miedo por el porvenir de la institución, podrán ser verdaderas y reconocerán la verdad tal como la historia hoy nos la permite ver.

[32] J. S. SPONG lo ha expresado en un bello título: *Why Christianity Must Change or Die: A Bishop Speaks to Believers in Exile.* Harper San Francisco, San Francisco, 1998.